

Dom Helder Cámara

AMIGO Y HERMANO

Mikel Munárriz

Dom Helder Cámara alcanza sus 75 años de edad. En agosto de este año celebrará los 52 de sacerdocio. Esto quiere decir que nació y hasta comenzó su actividad sacerdotal en lo que todavía era un mundo tradicional y rural, y que su caminar ha estado signado por los "cambios acelerados" que han hecho del mundo una "aldea planetaria" y de la América Latina y de su Brasil una cultura industrial que nace en medio de dolores y de sangre, que se abre hacia un futuro distinto.

El caminar de Dom Helder ha sido un "largo caminar". Largo no sólo por el tiempo, sino por los espacios recorridos. "Un largo caminar por el desierto bajo el sol".

El desierto de Dom Helder es un extraño desierto. Está lleno de gente: El Concilio, Medellín y Puebla, la Acción Católica y la Conferencia de los Obispos del Brasil, los paraninfos de las más importantes universidades del mundo desarrollado y las cámaras de televisión. Y sobre todo, los rostros de innumerables favelados del Brasil, de América Latina y del Mundo entero... Pero desierto porque no hay caminos, ni puntos de referencia. Para seguir adelante sin equivocarse el rumbo hay que mirar al cielo. Al sol durante el día; el sol tropical de Río que llena de lodo los caminos del pueblo, el sol seco del sertao que endurece la tierra y lanza a los hombres hambreados a la búsqueda de nuevos horizontes. A las estrellas en la noche: las estrellas que invitan a meditar y que lanzan hacia el futuro.

UN LARGO CAMINAR

Lo de Dom Helder, hermano y amigo entrañable, ha sido eso. Un largo caminar por el desierto, sin detenerse, buscando siempre el rumbo adecuado hacia el futuro. Pisando la tierra y mirando a los hombres. Alzando el vuelo en la oración, en el estudio, en la meditación y también —¿por qué no?— en la poesía. Abriendo caminos.

Y gritar. "Voz del que clama en el desierto". Voz de los que no tienen voz. En este mundo en el que ahora vive hay que "preparar los caminos del Señor".

Caminar siempre adelante decidido y tesoneramente. Aunque se tropiece con las dificultades y con las incompre-

siones. Cambiando el rumbo cuando el sol y las estrellas le señalan que el camino elegido no tiene futuro. Gritar, decir su palabra de profeta en el mundo recoleto de los favelados y en el mundo ruidoso de los pudientes, gritar hasta cuando la censura le impone el silencio, gritar en el grito íntimo de las cartas, de las poesías, de las conversaciones con los amigos que se empeñan en la misma caminata.

PIONERO Y PARADIGMA

Dom Helder es pionero. Recorre, abriéndolos, caminos nuevos. Para que queden abiertos y otros los caminen después. El sigue delante como baqueano para que no perdamos la ruta.

Pionero porque siempre estuvo en la primera fila en los cambios que señalan el caminar de la Iglesia Latinoamericana en los últimos decenios. Baqueano porque nunca marchó solo, sino animando a otros a seguir sus caminos, dejándolos no pocas veces hechos "instituciones" para que permanecieran, hasta esperando a los que se retrasaban para no ser vanguardia estéril sino pastor de todo un pueblo, el Pueblo de Dios peregrino.

Por pionero y baqueano, Dom Helder es también paradigma. Leyendo su camino leemos el camino de la Iglesia Latinoamericana. Leyendo su camino muchos reconocemos nuestra propia andadura.

Mirando a Dom Helder, a ese Dom Helder de 75 años aún pionero, podemos "mirar hacia atrás sin ira". Nuestros caminos, como los suyos, fueron a veces equivocados, pero siempre lúcidos de Evangelio y abiertos al cambio de rumbo. Abiertos al futuro.

DESDE EL CORAZÓN DE LA CRISTIANDAD

La figura de Dom Helder cobra notoriedad por primera vez como organizador del Congreso Eucarístico Internacional de Río de Janeiro en 1955. Destaca por sus cualidades de "manager": todo está previsto, todo está dispuesto. Las grandes multitudes se mueven al compás de su batuta. De las manos y de la mente de Dom Helder surge una "Iglesia triunfante", capaz de llenar plenamente todo el espacio

social. El Reino de Dios triunfa porque la Iglesia triunfa. Y para que la Iglesia triunfe, allá en su juventud, en su tierra natal, hasta vivió la tentación de buscar el apoyo de la política más tradicional.

Amoroso de Lima, el gran impulsador de la "Nueva Cristiandad" en el Brasil, le ayudará con sus orientaciones y su apoyo a cambiar de rumbo. En el corazón mismo del Congreso Eucarístico, nuestro Obispo empieza a crear nuevos caminos. Es uno de los grandes creadores de la Conferencia Nacional de los Obispos del Brasil primero y del Consejo Episcopal Latinoamericano (CELAM) después.

Para entonces el nordestino, sin dejar de serlo, ya se ha hecho carioca y vive intensamente los contactos de la gran ciudad. El Río Janeiro en el que se mueve va dejando de ser la tranquila ciudad colonial de antaño para transformarse en ciudad industrial. En los márgenes de la nueva urbe se desarrollan a ritmo acelerado las favelas en las que se amontonan los marginados. El corazón cristiano de Dom Helder se siente conmovido ante la miseria de los pobres concretos. Su talante organizador le lleva a crear la "Cruzada de San Sebastián" para socorrer tanta necesidad. Esta obra nacerá marcada por el asistencialismo propio de la época, pero llevará al Obispo a entrar en contacto con el dolor de los pobres, a darse cuenta de que ese dolor era más abundante y más fuerte de lo que uno se puede imaginar. Allí quedaría ya para siempre, "preñado por el dolor de los pobres", como él mismo expresara. Un dolor que será el acicate continuo hacia nuevos rumbos.

TIEMPO DE REFORMAS

Los pobres en el corazón de Dom Helder. Y los laicos. Va a ser el gran asesor de la Acción Católica. Una Acción Católica que en su tiempo y en sus manos va a modificarse profundamente, no sin crisis y sin incompreensiones.

Son los laicos, los laicos comprometidos, los que van a proporcionar a su consiliario una nueva manera de ver a la Iglesia y al Mundo menos clerical y más realista. En la JOC aprenderá el método ver-juzgar-actuar que llegará a ser característico del pensar religioso



latinoamericano. En la JUC sentirá la necesidad de cambios más profundos que las meras reformas. Con esa rama de la Acción Católica aprende en carne propia que los cambios que se buscan encontrarán las más duras resistencias en la derecha de la misma Iglesia.

El Concilio que para Dom Helder no fue nunca tribuna, sino lugar de encuentro y meditación, confirma los nuevos caminos en los que el brasileño está embarcado. El "dolor de los pobres" sigue presente y le lleva a ser uno de los impulsores del documento de los "Obispos del Tercer Mundo", que marca ya una real y efectiva opción por los pobres, que le llevará a dejar el palacio episcopal para vivir pobremente y con los pobres. En 1964 su discurso en la toma de posesión de la Diócesis de Olinda y Recife, cuando ya la dictadura se ha instalado en el poder, señala de manera clara e incisiva su postura. Ella le provoca desde el primer momento el rechazo de los poderosos y el cariño de un pueblo sencillo que lo reconoce como suyo.

OBISPO DEL MUNDO

Dom Helder abandonará pronto la ilusión del desarrollismo impulsada por la Alianza para el Progreso. Desde la vida que ha adoptado es demasiado patente el costo que impone a los pobres. Es también patente la represión que se desata todopoderosa sobre los que se

comprometen con los cambios más profundos que la sociedad brasileña necesita.

Son los tiempos en los que Dom Helder, cada vez más consciente de los mecanismos de dominación y opresión, analiza la "espiral de la violencia" y propone "la no violencia activa" como arma para el cambio. Son también los tiempos (se va acercando Medellín) en los que en el corazón del Obispo nordestino se desarrollan aquellas semillas que le llevarán a la creación del CELAM. Como "voz de los sin voz" necesita decir su palabra de anuncio y de denuncia en todo un continente sacudido al mismo tiempo por la miseria y por los impulsos de cambio.

Cuando la dictadura de su país se vuelve más y más tiránica, Dom Helder no duda en trasladarse al corazón de los países dominadores, cómplices de la represión en Latinoamérica. Su talento organizador y la colaboración de un buen Obispo auxiliar le permiten, sin que su diócesis se resienta, hacer patente su "solicitud por todas las Iglesias".

También en esto fue pionero, en llevar a la Iglesia Universal el pensar y vivir propio de la Iglesia Latinoamericana, como vivencia profunda del Evangelio en los tiempos de hoy.

Sus denuncias son cada vez más profundas porque cada vez conoce mejor los mecanismos opresores del capitalismo internacional y de los cipayos na-

cionales. Se le acusará de "obispo rojo". Es cierto que Dom Helder ha repetido más de una vez que es necesario hacer con las intuiciones marxistas lo que Santo Tomás hizo con el pensamiento del "ateo" Aristóteles. Pero al mismo tiempo ha sido prudente y cauteloso en sus propuestas de programas sociales, dejando, cada vez más, que el Mundo sea Mundo, reservando para la Iglesia el papel de conciencia y evangelio de ese Mundo.

EL PEQUEÑO DOM HELDER

Para cualquiera que sin conocer personalmente al Obispo de Olinda y Recife haya escuchado de su influencia, de su ardor oratorio, de las censuras que le impusieron en su país, de los atentados que ha sufrido, de su figura pionera y símbolo de avanzada, encontrarse con el Helder Cámara puede ser una sorpresa. Su figura pequeña y frágil no es la prototípica del gran luchador. Su cuerpo enfundado casi siempre en la negra y vieja sotana, no es el de un hombre de avanzada. Sus ojillos vivos e inquietos, pero medio ocultos por unos párpados caídos, no lo descubren como el gran buscador de los signos de los tiempos. Su hablar pausado y en voz queda, no lo presenta como la gran "vedette de la Televisión" que a veces nos han vendido...

Y es que el Dom Helder que cuando necesita ser escuchado, cuando habla un idioma que no es el suyo, cuando se enfrenta a grandes muchedumbres, gesticula y grita y se agiganta, no es más que una expresión transitoria del verdadero Dom Helder. El hombre íntimo que disfruta de la intimidad, de la meditación, que prefiere la carta al discurso y que en las grandes asambleas prefiere callar y escuchar para deslizarse en el momento oportuno, con modestia, la palabra iluminadora. El hombre que confía más en las "minorías abrahámicas", el pueblo pobre y sencillo que se organiza, que en las grandes instituciones que él mismo ha contribuido a crear. El que cree que las Comunidades de Base, precisamente por ser pequeñas, son el instrumento de Dios para llevar adelante las grandes transformaciones que el mundo y la Iglesia necesitan... con tal de que sigan siendo nada más que eso, "pequeños instrumentos en las manos de Dios". Tan pequeños como es esa Iglesia, "vertiente necesaria de la Iglesia única de Jesús" que en América Latina está naciendo al lado de los pobres.